

LETRAS FEMENINAS

ROSVITHA, "la clara voz de Ganderseim"

AL subir Carlomagno al trono imperial, se inició un gran resurgimiento literario que duró del siglo IX al X. Comprendida en este período está ROSVITHA, la Safo cristiana, como la apodaron sus críticos del siglo XIX y, cronológicamente, es la primera poetisa y escritora germana.

ROSVITHA nació en el año 935, de noble familia sajona, e ingresó muy joven en el convento de benedictinas de Gandersheim, en el Harz. En dicho convento, bajo la dirección de su abadesa, Ricarda, sobrina de Otón el Grande, aprendió dialéctica, música y aritmética y efectuó estudios clásicos. Sus obras están escritas en latín, pues éste con los progresos del cristianismo en la Europa central, habíase constituido en lengua oficial y académica.

ROSVITHA comenzó a escribir en secreto, por temor a la crítica y sólo después de un tiempo reveló su vocación a sus superiores.

A partir de entonces, se esmeró en la hagiografía, comentando leyendas bíblicas y cristianas, en forma épica o elegíaca.

Animóse también a internarse en la historia y escribió en exámetros, un poema histórico celebrando los hechos de Otón el Grande, a quien compara con el rey David. El valor histórico de esta composición es muy discutible; el argumento deja bastante que desear, y la autora endilga al diablo, las causas de todos los tropiezos políticos del Emperador.

Algunos episodios tienen, sin embargo, gran vivacidad y colorido, como el de Adelaida, viuda de Lotario, Rey de Italia, que logra escapar del encierro a que la había condenado Berengario II en el castillo de Garda, y desde Canosa pide ayuda a Otón I, su segundo futuro esposo. Relata también en este poema, la fundación del claustro de Gandersheim, y la autora se halla a sus anchas, al referirse a los orígenes milagrosos del convento.

"En el lugar donde se construyeron luego los claustros —dice Rosvitha— surgía una "sylvula", donde pastaban los rebaños del conde Lindolfo. La vigilia de la fiesta de Todos los Santos, los porqueros vieron sus lámparas resplandecer en la selva. El prodigio repitióse varias noches, y los circunstantes notaron con asombro, que las lámparas se disponían solas, trazando un círculo, como para delimitar un

templo. Entonces, el conde Lindolfo, de acuerdo con su esposa, hizo desbrozar el valle; y el lugar silvestre —termina Rosvitha— pleno de faunos y monstruos, fué designado para los servicios divinos”.

En movimiento de la reforma, hizo que se olvidara un poco la obra de Rosvitha, que hasta el siglo XV toda Europa celebró y llamó “la clara voz de Gandersheim”. Pero en el siglo pasado, se dedicaron merecidos y extensos estudios a la obra de la genial monja. Rodolfo Kopke, en un magnífico trabajo, destacó la importancia universal de la obra de Rosvitha y expresó que: “...*El hecho perdurable de Rosvitha, consiste, sobre todo, en que fué autora del primer ensayo literario del drama, realizado no sólo en Alemania, sino en todo el occidente cristiano*”.

En efecto; en el año 965, la monja de Gandersheim escribió los seis dramas que le dieron fama universal. Es decir, que la escritora germana venció en la palestra literaria, con un género aún en pañales, ya que apenas se habían escrito dramas. La literatura cristiana, aún cuando no se ocupara de temas religiosos, se había inspirado hasta entonces en temas bíblicos. De allí surgió la poesía lírica y los primeros elementos del drama, que tomó su aparato teatral de las antiguas fiestas paganas del pueblo. Estas fiestas cedieron paso a la representación de los “*misterios*” que se hacía en Navidad y otras festividades religiosas, y a dramas breves muy rudimentarios, de inspiración cristiana.

Recién con Rosvitha encontramos dramas donde los hombres son de carne y hueso, y aunque toscos, poseen reciedumbre espiritual, y donde la pintura de las pasiones se hace para destacar el triunfo del alma pura sobre la materia, del “*hombre nuevo*” sobre el “*hombre viejo*”. “*¿Debía yo —expresa Rosvitha con valentía— a causa de mis sonrojos, renunciar a alcanzar la meta y no anunciar la gloria de la inocencia?*”.

En estos seis dramas religiosos en prosa rimada, cuyos nombres son “*Dulcinius*”, “*Gallicanus*”, “*Abraham*”, “*Callimachus*”, “*Paaphinius*” y “*Fides et Spes*”, respectivamente, Rosvitha emplea personajes alegóricos y todos tienen el mismo fin: el elogio de la castidad, el imperio de la virtud sobre el vicio.

Se nota en estos dramas, que Rosvitha leyó a Terencio, autor romano de estilo elegante, pero a menudo licencioso, y su obra se presenta tanto más importante entonces, por cuanto trató de dar una

versión de los dramas de Terencio, librándolos de su contenido pagano e infiltrándoles la esencia del cristianismo.

El realismo que domina en muchos pasajes de los dramas de Rosvitha, queda justificado por sus mismas palabras: "*Quien quiere describir la victoria, no puede evitar la relación del combate*".

Ciertamente, estos dramas no son sino bosquejos, al lado de los grandes dramas posteriores, de fama mundial. Pero tienen el valor de la oportunidad, y el mérito de figurar entre las primeras producciones occidentales en este género, desde las tragedias de Séneca, hasta las primeras representaciones cristianas. Se advierte que sólo por intuición dió Rosvitha con la técnica teatral, técnica que haría sonreír hoy día, y se adivina la indecisión con que debió arriesgarse a tal empresa. Ella misma se confiesa "*nesciola*" y apenas se reconoce provista de "*ingeniolum*" y declara que, si comenzó a escribir, fué "por que "*era un deber expresar lo que Dios puso en su corazón*".

En el prólogo de sus dramas dice Rosvitha: "*Si enim alicui placet mea devotio, gaudebo. Si autem pro mei abjectione vel pro viciosi sermonis rusticitate nulli placet: memet ipsam tamen iuvat quod feci*". ("Si alguien experimentase placer por mi modesto trabajo, ello me sería grato; pero si él a nadie agradare, a causa de que es la negación de mí misma, o por la rudeza de un estilo imperfecto, me quedaría la alegría de aquello que he creado".)

Haremos un breve comentario de los dramas. El "*Dulcitius*" tiene escenas muy graciosas. Dulcitius, su protagonista, gobernador del emperador Diocleciano, hace apresar a tres hermosas vírgenes cristianas: Agape, Clionia e Irene y las hace encarcelar por negarse éstas a contraer matrimonio con "*primos in palatio*" esto es, con altos funcionarios de la corte. Las tres doncellas son encerradas en una cocina y de noche, Dulcitius decide ir a verlas, pero apenas llega, pierde el control de sus actos y en la obscuridad abraza —confundiéndolas con las jóvenes— a las grandes ollas y sartenes ennegrecida de hollín, poniéndose irreconocible. Esto motiva un rápido diálogo entre los soldados que no reconocen a su jefe, y quieren arrojarle escaleras abajo, llenos de pavor:

SOLDADOS: "*¿Qué es lo que avanza? ¡Un obeso, o mejor el diablo en persona! Huyamos.*"

DULCITIUS: "*Guardias: ¿por qué huís? ¡Esperad; conducidme con la linterna a mi estancia*".

SOLDADOS: "*Es la voz de nuestro señor, pero el aspecto es el del diablo. No permanezcamos, huyamos rápidamente; este fantasma quiere matarnos*".

DULCITIUS: "*Iré a palacio y haré saber al príncipe el ultraje sufrido*".

Viene luego una serie de graciosos equívocos, hasta que Diocleciano resuelve encomendar el castigo de las jóvenes al conde Sisinnio. Este manda quemar a las dos mayores en una hoguera, pero ve con asombro, como sus almas ascienden al cielo, mientras sus cuerpos son respetados por las llamas, que lo circundan sin quemarlos.

En cambio a la menor, Irene, se le reserva otra pena: Sisinnio quiere obligarla a ofrecer un sacrificio a los dioses paganos y ante su negativa, la amenaza con obligarla a participar en orgías, con lo que ya no podrá ser contada entre las vírgines cristianas, aunque quede en libertad.

Irene, le contesta altivamente, que no teme la amenaza, porque: "*Es el placer el que trae castigo; el sufrir una pena merece un premio. Se puede hablar de pecado, solamente si se consiente en él*".

Exasperado, Sisinnio la vuelve a la cárcel, y a poco se presentan ante el carcelero, dos jóvenes (que resultan ser dos ángeles) con orden de Diocleciano, de conducir a la virgen a la cima de un alto monte. Al advertir Sisinnio que los carceleros han sido burlados, monta a caballo y se lanza en persecución de Irene; pero una fuerza irresistible, misteriosa, detiene el corcel. Sisinnio, furioso, hace asaelear a Irene desde lejos, poniendo fin a su vida con el martirio glorioso.

(*) El drama "*Gallicanus*", es una versión dialogada de actas de martirio, y pinta las glorias de los ascetas y mártires cristianos.

(*) En el drama "*Calimachus*" tienen mucha importancia personajes celestiales, como San Juan, gracias a cuyas oraciones, el protagonista, víctima de una triste pasión, renace a la gracia divina y salva su alma, atestiguando una vez más el triunfo de las fuerzas del bien sobre el mal, por el imperio de la oración. En algunas escenas, Rosvitha introduce como actor al mismo Dios.

(*) El argumento de "*Abraham*" es el mejor logrado y Rosvitha explica su argumento con el título exacto: "*Pecado y conversión de María, sobrina del ermitaño Abraham.*" En este drama, Rosvitha hace un feliz retrato de los dos viejos hermanos Abraham y Efrén; la figura de María, que a pesar de permanecer en un lugar de corrupción, no pierde la inocencia de su alma, resulta de gran vitalidad.

"*Abraham*", es el más perfecto de los dramas de la docta pluma de Gandersheim.

"De las ficciones de Rosvitha —dice un crítico—(1) nos llega un hábito del eterno femenino: su fervor religioso, pero también su actitud frente a todos los sucesos mundanos, fluyen asimismo de una femineidad pura, que ha conservado, junto con la sabiduría, el encanto de lo natural".

"Conservar el recuerdo de Rosvitha, no es sólo una oportunidad para la historia literaria, sino un deber del mundo cristiano. Porque Rosvitha es de aquellas mujeres únicas en su especie, sin vínculos de ningún siglo, que tienen algo que decir a todos los tiempos y a todas las generaciones de todos los países. En ellas están latentes los rasgos que distinguen a toda mujer auténtica: el sacrificio sin condiciones, el abandono total, lo verdaderamente femenino, lo adivinatorio y lo impulsivo en el fondo de la mujer, ante lo cual los hombres, como hace mil años, aún hoy se inclinan".

Delilbe Zucchi

(1) Werner Bock (La Nación, febrero 1943. Bs. As.) "La Safo Cristiana".